

MISCELANEA

**“PICORNEL, ESPAÑA Y GUAL: PIONEROS
DE LA HISTORIA GRANDE” 1797–1997 (*)**

J. L. Salcedo-Bastardo (**)

Señor Presidente de la República,
Distinguidas personalidades presentes,
Señores Académicos, Señoras, Señores:

En la inminente expectativa de culminar su medio milenio, asume Venezuela el deber y el provecho de evocar útilmente su pasado, todo con énfasis particular sobre sus efemérides sustanciales. El deber es el de proseguir la continuidad que en el tiempo consolida a nuestro ser colectivo y es prueba real de su específica personalidad. Y la conveniencia práctica se refiere a fortalecer el carácter propio para –ya bien definido– cumplir su participación activa, afirmativa y fecunda, en el concierto del mundo. Las alertas son de siempre y de ahora. Ayer: “maestra de la vida, testigo de los tiempos, luz de la verdad”, dijo Cicerón hace 20 siglos. Hoy: semanas atrás, advierte Julián Marías: “La destrucción de la Historia es el instrumento más eficaz para dejar inermes a los pueblos, y por tanto convertirlos en masas inertes y manipulables”.

Las seis Academias del país, Nacional de la Historia, Venezolana de la Lengua, Nacional de Medicina, de Ciencias Políticas y Sociales, de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales, y Nacional de Ciencias Económicas, en grato cumplimiento del Decreto Ejecutivo respectivo, han acordado celebrar esta jornada de reflexión sobre su acontecimiento magno de nuestro pasado. Con especial satisfacción, y enaltecido, correspondo al honor del obligante encargo.

Formada con el aporte de las variedades humanas del orbe, llegó Venezuela a definirse en concretas proyecciones y en tangible realidad durante el siglo XVIII. En nuestra nación el vocablo “patria” floreció justo en esa centuria, y brotó como sincronizado con el nacimiento del Precursor Miranda; ciertamente esa palabra despuntó en El Tocuyo por 1744, y a seis años nuestro personaje universal nació en Caracas en 1750. A partir de

(*) Discurso de Orden en la Sesión Solemne de las Academias Nacionales el 16 de julio de 1997 con motivo del Bicentenario de la Conspiración de Picornell, Gual y España.

(**) Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, Sillón Letra “F”.

entonces, distintos esfuerzos, tentativas y sueños, del incipiente nuevo ser plural que es ya a la sazón la colectividad venezolana –expresión de un todo que entusiasma: “nosotros somos un pequeño género humano” dirá atinadamente Simón Bolívar– se eslabonan hasta el acontecimiento memorable del cierre de aquel siglo: España, Gual y Picornell.

Ante todo rindamos el homenaje dual de nuestra admiración y reconocimiento a la memoria de un estudioso digno y autorizado: Casto Fulgencio López, oriundo de la misma comarca núcleo de los acontecimientos recordados esta tarde: La Guaira. Fue periodista y cuentista, lúcido investigador y ensayista. De su producción, además del valioso volumen *“Juan Picornell y la conspiración de Gual y España”*, cuya tesis compartimos, también se destacan, entre varios y distintos, *“Lope de Aguirre, el peregrino”*, y *“Garcilaso Inca de la Vega”*. Cifra no común de nuestro tiempo, ciudadano ejemplar; el de Casto Fulgencio López, es otro nombre exponente de gallardía patriótica para el rescate en pro del tesoro espiritual de la nación, operación que incumbe a las presentes generaciones. El suyo es otro nombre para la contrición y para el nostálgico arrepentimiento por no haberlo valorado debidamente ni advertido su presencia en su hora cabal.

En aras de la justicia y de la verdad, valga un paréntesis: Al azar podríamos apuntar dentro de la similar incidencia del habitual recto juicio postergado pero siempre esperado, a otras individualidades distinguidas de este tiempo acreedoras al dictamen reivindicador de su fundamental significación que no debe demorarse más. Ejemplos serían los casos de: Carlos F. Duarte y su exhaustiva monografía sobre la Misión a Puerto Cabello (1783) de unos 6.000 marinos de Francia –con príncipes, barones, condes... y, por si fuera poco, el paso coincidente del británico almirante Nelson por aquella Venezuela. Otras figuras sobresalientes, ya de estos días, son: el insigne Humberto Fernández Morán: la ciencia del siglo XX en el más alto grado. Lucas Guillermo Castillo Lara positivo recuperador de Antonio Valero de Bernabé: el borinqueño que completa el Caribe de Bolívar. Los hermanos Constantino y Paul Georgescu que, con la Universidad Simón Bolívar, desde aquí realizan la proeza del recorrido fluvial por entre el cuerpo físico de Sur América hasta el Río de la Plata. El sustantivo acervo de Juan Antonio Navarrete y su fabulosa *“Arca de Letras y Teatro Universal”*, desvelo de Blas Bruni Celli, que demanda un nuevo criterio para la exacta apreciación de la cultura colonial efectivamente venezolana. Otro coetáneo nuestro, Luis Alberto Machado, con el espléndido quehacer de la inteligencia servido a la superación de los pueblos. También el responsable Osmel Sousa, gracias en buena parte a su avisada diligencia, logra hacer efectivo en nuestros días el voto visionario de Don Cecilio Acosta un siglo atrás: “Algún día... la belleza venezolana será el modelo de las bellezas, y Venezuela la gran galería de las bellezas del mundo”. Igualmente el conspicuo internacionalista y diplomático Kaldone G. Nweihed, revelador de Rafael de Nogales Méndez, figura nuestra de dimensión mundial con sus impresionantes aventuras de guerra e intelecto. El sólido, tenaz y adelantado Alberto Filippi y sus imponentes empresas historiográficas *“Bolívar y Europa”* y *“Bolívar y América”* fundamentales para el contexto real del máximo latinoamericano. De Tomás Polanco Alcántara: el Miranda ciclópeo en la monumentalidad documental del archivo de su entero vivir –único en el mundo–. Otro, Mario Milanca Guzmán el terecarreñólogo con nueve libros –los más de ellos inéditos– sobre la artista cumbre de Venezuela para la gloria internacional. También el estudio de la osada iniciativa de la República de Florida, logro feliz del

Doctor Tulio Arends. De Rafael Ramón Castellanos la perspicacia exitosa en la minucia y pormenor de la cuenta increíble de 657 pseudónimos de Rafael Bolívar Coronado.

Así quedan todos los citados, entre no pocos otros de diferentes tiempos, cada uno de ellos con un saldo que impone respeto en el serio afán de contribuyente de elevada cuantía y jerarquía al acervo espiritual de la patria. De Venezuela sería otro el conocimiento si el desvelo y el fecundo esfuerzo de estos valores no hubiera sumado al inventario de saberes y definiciones, lo que ellos con sus búsquedas y hallazgos, y con existencia y obra, sustancialmente aportaron a ese fondo moral común. Gracias pues, al afortunado empeño de Casto Fulgencio López tenemos a Juan Bautista Picornell erguido con toda su importancia, en el sitio reservado y merecido de nuestra historia con la compañía de los esclarecidos mártires criollos José María España y Manuel Gual.

Mas, retornando al suceso cumbre de hoy, ya he tenido oportunidad de enfatizar acá en el país, y ante calificadas audiencias del exterior (cuando y donde la comprensión de Venezuela era la razón capital de mi comparecencia) que: sin duda, el más completo y notable de los proyectos revolucionarios preparados entre nosotros con vista a la Emancipación, fue el articulado por Juan B. Picornell, José María España y Manuel Gual: Admirable su aspecto formal, en el cual nada se omitió, y también su coherente sinceridad, su idealismo único, sus bien dilatadas miras que desde entonces revélanse enraizadas en los venezolanos y confluyen a la Independencia. En la ocasión de este movimiento, Venezuela da prueba categórica de existencia; ciertamente, desde entonces cuenta en su registro con mártires conscientes, abnegados y resueltos, fielmente representativos de su colectividad. El pueblo desde allí se hace presente en plan activo, militante en una causa de la más excelsa dimensión; y se rubrica con la entrega generosa de la vida, en gesto de firmeza y de heroica elegancia, la venezolanidad genuina. Todo ello, visto ahora con la debida perspectiva: el lucimiento de los pioneros que secundan la realidad entrañable intuida y sentida del Precursor.

Al tema dediqué en mi *"Historia Fundamental de Venezuela"* desde 1970 un capítulo neto de la debida importancia, desarrollando así –por primera vez en obras de gruesa extensión– su justa, atenta y merecida consideración.

En la conspiración de hace dos siglos que hoy nos motiva, el genio previsor y organizador resulta Juan Bautista Mariano Picornell y Gomila, un inteligente y activo reformista, fluido escritor y orador, nacido en Palma de Mallorca en 1759. De moral severa, consagra a la enseñanza su primera juventud. Escribe para la Educación, materia donde él situaba y sentía la clave del progreso.

Muy vivo en la masonería universal, estimulado por el nuevo clima ideológico de Europa y por los cambios que auspician los Borbones, trabaja Picornell secretamente en Madrid en la maquinación para sustituir la monarquía española con una república liberal. En los afanes subversivos están a su lado otros camaradas de docencia, intelectuales de vanguardia: Manuel Cortés de Campomanes, José Lax y Sebastián Andrés.

Tenía fijada como fecha para el estallido la noche de San Blas de 1796. La policía desbarató el intento. Después resultaría que, sin proponérselo ni imaginarlo siquiera, Venezuela sería la destinataria de este tan singular trabajo político.

Picornell, sentenciado a muerte tras esa abortada copia hispana de la Revolución Francesa, se salva gracias al dictamen del afamado y comprensivo jurista Francisco Pérez de Lema, consejero del Rey. La pena capital se le conmuta por encierro perpetuo en una prisión americana; igual se dispuso para sus tres compañeros. Así arribó Picornell a Venezuela, cuando iba destinado a Panamá –concentración penitenciaria de las más temibles. Desde el preciso instante de su desembarco en casual escala en la Guaira– caminando del muelle a la mazmorra– él capta cuán propicio es el ambiente acá para un empresa revolucionaria.

En nuestro litoral, desde 1794 un grupo de la comunidad porteña, se viene reuniendo secretamente para discutir cuestiones políticas. Don José María España, inteligente y distinguido, persona sencilla y cordial, se empeña en fusionar con este objeto a elementos de distintas capas sociales. Caballero de convicciones democráticas, simpático, sin prejuicios, educado en Francia; disfruta de un buena situación económica; su biblioteca es de las mejores de la Provincia. Con él se identifica en análogos propósitos don Manuel Gual, capitán retirado, talentoso y grato, diestro en las lenguas francesa e inglesa, casi un virtuoso del violín, y quien vive en su hacienda en la Sabana de Ocumare. El grupo, que paulatinamente deriva a la conspiración, incluye vascos, catalanes, aragoneses y canarios. Los venezolanos además de España y Gual, están representados por pardos, mayormente mulatos. Entre ellos, Narciso del Valle, barbero muy culto, conocedor de historia política y del idioma francés; Juan Moreno y José Manuel del Pino, guaireños del Batallón de Pardos. Sacerdotes, médicos, comerciantes, militares, agricultores; en la conjura llegan a estar lo más selecto de la litoránea población, expresión fiel de la naciente Venezuela. A esos varones de cuerpo oscuro y alma refulgente, les rendiría tributo del más justo cariño nacional el poeta popular Andrés Eloy Blanco, quien cabalmente cien años adelante nacería para inmortalizarse con sus versos rogando que en el cielo de su tierra pintaran angelitos negros.

Picornell sin perder tiempo despliega una febril actividad en la cárcel. A los guardias y al propio alcaide Oramas, los ha ganado desde un principio. José Rusiñol, el soldado catalán que lo condujo del navío a la prisión, fue quien lo enteró de cuanto se tramaba en el puerto, y lo aproxima a Gual y España. El calabozo del mallorquín se convirtió pronto en laboratorio de la revolución. El escribe allí la más variada literatura subversiva, la cual sus amigos se encargan de copiar y difundir; es el material propio para la captación y para granjear adherentes al movimiento en todos los sectores; cada pieza va dirigida con afinada intención a ganar prosélitos en una determinada área social.

Cuatro son los escritos principales de esa producción política de Picornell: 1. La vida del Admirable Bitatusa. Es una síntesis autobiográfica (Bitatusa es anagrama de Bautista, su segundo nombre) presentando al protagonista como un reformador que, para romper la servidumbre, escoge el camino de luchar por vía de la cultura, y muestra cómo es factible obtener lo que se aspira, siempre que se logre la unión. El estilo de este documento, como el de todos los suyos, es el de la sencillez, procurando llegar hasta la gente simple.

2. Carta del Abuelo a su Nieto. Misiva donde un hipotético anciano, residente en Cádiz, refiere al mozo, habitante de América, las condiciones de tiranía que padece la

península y que él conoce extendidas al Nuevo Mundo; le dice saber que en Venezuela se prepara una revolución que será comunicada “a las otras provincias circunvecinas”, y lo excita a que no sea de los últimos en abrazar y seguir el partido de la libertad.

3. Diálogo entre un Moreno Teniente Coronel de la República Francesa y otro Moreno Español primo suyo. Es una conversación en la cual maravillase el pardo nativo al ver a su primo europeo con insignias de alta graduación; éste le explica: que en Francia todos son iguales y libres, y pueden obtener cualquier cargo público o castrense.

4. “Exhortación de Nos Fray José María de la Concepción, (los nombres de España: José María) del Orden de San Francisco”. Prueba cuán rápidamente se adapta Picornell a nuestro ambiente, pues aprovecha el sacrificio de José Leonardo Chirinos –sentenciado a muerte una semana después que él desembarcara en La Guaira– para tocar el sentimiento religioso generalizado en Venezuela e inclinarlo a su causa. El alma de José Leonardo se aparece al imaginado franciscano y le dice que está en el cielo por haber muerto mártir, y que viene en nombre de Dios a decir a los americanos que pueden contar con la Divina Providencia si quieren recobrar su libertad. Como el fraile duda ante la aparición, vuelve el alma del valeroso zambo a incitarlo a predicar esta verdad; como todavía vacila, es la propia Virgen María “*con su Niño en brazos*” la que viene a decirle “que era voluntad de Dios que saliese a predicar por los pueblos de América la libertad”. Este escrito documenta el entronque de Picornell a la serie histórica del proceso revolucionario venezolano, en el cual así encaja de modo rápido y hondo.

A la misma prisión guaireña fueron llevados entre febrero y mayo de 1797, los otros tres coautores de la frustrada Noche de San Blas: Cortés Campomanes, Lax y Andrés. Todos se suman con el entusiasmo que es fácil comprender a esta nueva empresa, la cual con tal colaboración avanza con celeridad. Ante la inminencia del estallo, pasa Picornell a trabajar en la doctrina y normas de la revolución. Prepara una versión elemental de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Confecciona para la oportunidad un “Plan en Globo de la Revolución”, del cual forman parte: a) Las Instrucciones, programa de acción en veintidós capítulos, emanado del “Comandante en Jefe del Ejército Revolucionario del Pueblo Americano”; b) Una Proclama anunciando al pueblo la libertad, y convidándolos “a seguir el ejemplo de romper las cadenas de nuestra esclavitud”; c) Invitación que debía extenderse inmediatamente después de la primera victoria: “Ciudadanos de todos los pueblos que querráis juntaros con nosotros para tener parte en nuestras glorias y granjearos la admiración de la posteridad: Venid, venid, que yo y mis compañeros os recibiremos gustosos como hermanos, a quienes una misma causa une, contra un mismo enemigo”. d) Carta al Illmo. Sr. Obispo, para que impida que algún eclesiástico trate de estorbar la Revolución.

Atención especial nos merece el hecho de que justamente ahora se cumplan dos siglos de la aparición en el país de la frase y del concepto de *Libertador de la Patria*. Pues doscientos años atrás, por días como éstos, con su mano escribía Picornell en la cárcel de La Guaira: “Quien tenga aliento para aspirar al glorioso título de Libertador de la Patria, vuele sin dilación en su socorro, y una hermanadamente su brazo con el nuestro...”. Eso era al comienzo de 1797, para aquel entonces un despierto adolescente de trece años: Simón José Antonio de Bolívar y Palacios, se conectaba casualmente a la

conspiración, a causa de ella su maestro el sabio Don Simón Rodríguez habría de escapar de Venezuela. Maestro y discípulo se reencontrarían en Europa. No olvidemos, además, que por estos mismos días, estaba por nacer en Quito la excepcional Manuela Sáenz, y por febrero cumplía en Cumaná sus primeros dos años Antonio José de Sucre.

Es de admirar cómo con su traviesa fantasía, Picornell urde varias falsificaciones; así forja una “Real Cédula” –con todas sus firmas y sellos bien imitados– que debía desconcertar a las autoridades coloniales comunicándoles la decisión del Monarca de que “estas provincias se erijan bajo su propia voluntad soberana... Que la Corte de España tenía resuelto abandonar las Américas por haber conocido todos los sabios y aconsejado al Rey que las Américas eran la destrucción de España”. Igualmente, para animar a los conjurados prepara Picornell mensajes de supuestos y decididos simpatizantes. En vívido adelanto de las épocas sobre publicidad y comunicación social, por su parte, Cortés de Campomanes cuida otros detalles: compone las letras de la “Canción Americana”, de la “Carmañola Americana”: Para una empresa tan grande/ Constantes todos juramos/ que morir o vencer/ es lo que deseamos”, y también del “Soneto Americano”: Viva nuestro Pueblo/ viva la igualdad/ la Ley de la Justicia/ y la Libertad”; este último se cantaría con música del Ingeniero Miguel de Larruleta. Siempre América como razón y meta.

En las Ordenanzas-Constituciones está la obra fundamental de la conspiración. Allí se encuentra el ideario completo del movimiento. Con la total claridad de sus planteamientos, se proclama la independencia política. La patria naciente se organizaría dentro de una estructura republicana, federal y democrática, a base de Juntas Gubernativas emanadas del pueblo, y presididas por una Junta General surgida de ellas. Valores capitales del nuevo orden son: la ley, la justicia y la libertad. “Siendo esta empresa de un interés común, no será lícito a persona alguna mirarla con indiferencia”.

Aunque en general se sigue la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, a la igualdad se le da una más amplia proyección original, bien conforme con el carácter de la sociedad americana, y de la venezolana en particular, a las cuales interpreta Picornell con fidelidad: en efecto, se proclama la igualdad no sólo legal, sino la igualdad racial absoluta: “igualdad natural entre todos los habitantes de la Provincia y Distritos: y se encarga que entre Blancos, Indios, Pardos y Morenos reine la mayor armonía mirándose todos como hermanos en Jesucristo, iguales por Dios, procurando aventajarse sólo unos a otros en méritos y virtud, que son las dos únicas distinciones reales y verdaderas que hay de hombre a hombre, y habrá en lo sucesivo entre todos los individuos de nuestra república”. En concordancia con esta declaración, “queda desde luego abolida la Esclavitud como contraria a la humanidad”. Base ideológica social para el inminente porvenir.

También es de capital destaque subrayar –como ya puntualizamos– otra idea rectora de este Movimiento: la insistencia en la unidad americana. Aunque se trata de un proyecto venezolano, con su centro en La Guaira y ramificaciones en Caracas, Carúpano, Valencia, Puerto Cabello, Barlovento, etc., se reitera a cada paso el carácter de reivindicación continental. Así, la idea que desde 1781 germina en Miranda, halla aquí su inequívoca reiteración. Nunca se había sido tan explícito e insistente en una afirmación de unidad

y fraternidad americanas. Todos los documentos, lemas, divisas, canciones, etc., todo se dirige expresamente al “pueblo americano: ya ha llegado el día/ que el Partido muera/ de la Tiranía”. “Viva la ley de Dios, Viva el Pueblo Americano/ y muera el mal Gobierno”. A partir de esta esclarecida tentativa entra, segura y textualmente, a la mejor ideología venezolana el mirandino pensamiento en la patria americana, concepción que será el más firme vínculo común entre Miranda, Bolívar, Bello, Rodríguez y Sucre, quinaria egregia de los máximos venezolanos. En lo sucesivo, Venezuela será el país guía de la integración y del entendimiento continentales. Es oportuna la circunstancia para repetir que el ideal de la unidad e integración latinoamericana resulta ser el producto histórico que más enorgullece a Venezuela. Con toda objetividad he insistido e insisto en que, igual en la génesis como en la realización hacia sus mejores logros, y lo mismo en la perseverancia más sincera a favor de una auténtica y positiva unidad de nuestra América, siempre está Venezuela presente mostrando su incuestionable vocación de servicio a la solidaridad fraterna de nuestro mundo. Es de índole, de idiosincrasia y de destino, esta presencia venezolana a la vanguardia en el frente de la unión continental. Venezuela se realiza a plenitud cuando sirve a la común nacionalidad latinoamericana.

En las aludidas Ordenanzas, nueve de sus cuarenta y cuatro numerales contienen las bases económicas de la nueva estructura. “Todos nuestros puertos y radas estarán abiertos para todas las Naciones del Mundo, desde el principio de la revolución, guardando con ellas la mayor armonía y observando la más exacta neutralidad con las Potencias beligerantes”. Los comestibles así como la siembra y venta del tabaco, serán libres de todo derecho. Quedan abolidos los impuestos de Composición y Alcabala, y se rebajan los demás, hasta ulterior consideración, en la cuarta parte. A favor de los indígenas la decisión es elocuente: “por razón de la misma igualdad queda abolido el pago del tributo de los Indios naturales con que denigrantemente los tenía marcados y oprimidos el Gobierno tirano que se los impuso sobre las tierras que les usurpó, y será uno de los cuidados del nuestro darles la propiedad de las que poseen, o de las que les serán útiles, proporcionándoles medios para que sean tan felices como los demás ciudadanos”.

Debemos enfatizar que es interesante en grado sumo la atención que se dispensa a los valores éticos: se apela reiteradamente al patriotismo y a la probidad, sobre todo en el manejo de los fondos públicos; se lleva el celo hasta disponer castigo para quien ofenda a las mujeres o quiera aprovecharse de la revolución para el pillaje, robo o para beneficio particular.

Recordamos al propio tiempo que don Miguel Gual, por su lado, prepara el diseño del estandarte que se adoptará; así él es el hombre que da a su tierra, por primera vez, bandera que la simbolice. Una tierna leyenda quiere que las manos delicadas más recias de una mujer venezolana de gran temple, esposa y madre, Joaquina Sánchez –casada con España– hayan bordado por primera vez el cuatricolor glorioso, anticipo del pabellón mirandino adicionado con una franja blanca, representando al mismo tiempo las cuatro Provincias: Caracas, Maracaibo, Cumaná y Guayana, las cuatro vertientes de sus patriotas: Pardos, Negros, Blancos e Indios, los cuatro derechos: Libertad, Igualdad, Propiedad y Seguridad, todo en señal, también, de la tetralogía principista que componen: Justicia, Autonomía, Concordia y Unión.

Personalmente Manuel Gual, quien sería el Comandante Militar, elabora con deta-

lles el “Plan General de Operaciones”. Este se realizará en dos fases. “Para el primer movimiento se tendrán anticipadas dos cosas: Muchas copias de las gracias que se hacen al pueblo y de los artículos que han de observar, bajo de un papel; y bajo de otro, un extracto de los motivos de la Revolución y de los principales derechos del hombre, que se fijarán por todas las esquinas y parajes más públicos, “en letra clara y comprensible”. En el Segundo Movimiento, enseña cómo debe ser el ataque, y especifica otra vez los diferentes puntos estratégicos de La Guaira. Además indica los pasos ulteriores: Expedición a Coro, a los Valles de Aragua y Valencia, Guanare, Barinas y pueblos de la Cordillera. De Coro, por mar, a Maracaibo. Para la Provincia de Cumaná, la expedición se detendría primero en Barcelona. Al unísono con sus fundamentos jurídicos y políticos, la conspiración contemplaba cubrir con seriedad estratégica todo el país, ajustada a una idea orgánicamente nacional. Incluso y como nota psicológica que vale apuntar, hay un fondo ingenuo de delicado humanitarismo: se evita la referencia a la muerte y a la sangre; a los mandatarios coloniales derrocados se les embarcaría “en primera ocasión para España, con sus equipajes, a fin de que no tuvieran quejas”.

Mas, la trama inteligente se deshace. Cuando la maquinación hállase bastante adelantada, y está a punto de ser desatado el proceso, Lax es transferido al Castillo de Puerto Cabello; los otros presos –como se había planeado– pueden fugarse el 3 de junio (1797). Andrés se extravía en la huida, viene a parar a Caracas y recae en manos de la autoridad al día siguiente.

La excelente concepción y la consecuente articulación del programa no lo salvan del fracaso. El 13 de julio de ese mismo 1797, el Gobernador provincial Carbonell sabe todo de la conspiración; agarra el hilo por la imprudencia del acaudalado comerciante Manuel Montesinos y Rico –uno de los complotados de Caracas– y de sus barberos, pasando por los sacerdotes confesores y los consejeros de éstos. España y Gual, quienes han permanecido en el país, consiguen escapar. La investigación policial descubre la magnitud del plan: “De las actuaciones en Caracas –dirá en sus Memorias el Fiscal de la Audiencia, Level de Goda– iban resultando reos y más reos, en términos de no saberse en quién confiar, y sin embargo, la ciudad permanecía como siempre, sin que nadie se ocupase de la novedad; mas las providencias sobre La Guaira no tenían efecto, porque iban personas complicadas sin saberse que lo estaban. Tres o cuatro comandantes fueron nombrados para gobernar en el puerto de La Guaira, y así mismo los nombrados resultaban reos, habiendo llegado el caso de nombrar a un Berde (don Manuel de Córdoba y Berde), capitán veterano, y por detrás salió la orden de su aprehensión, porque resultó complicado, y en la Venta le alcanzaron y prendieron”.

El periplo caribeño de Picornell será fértil. Yendo de Curazao a Guadalupe, se ocupa en la traducción del Manifiesto prólogo a la Constitución Francesa de 1793. Este esfuerzo es de las más efectivas contribuciones a la venidera Independencia; divulga en estilo sencillo los postulados de la libertad, los glosa y los dedica: “a los americanos de todos los estados, profesiones, colores, edades y sexos”. En esta obra, la más trascendental de Picornell, concluida en octubre de 1797, culminan el pedagogo y el político.

El insigne Don José María España retorna en secreto a Venezuela. Tras varios meses oculto, es capturado; se le juzga y condena a muerte. Su cuerpo deberá ser dividi-

do en cuartos. El 8 de mayo de 1799 es ejecutado. Impávido y valiente, con ejemplar coraje y con grandeza, llega a la horca. El pueblo, en sus bravos hijos responde viril y con ejemplar abnegación a la palabra empeñada con la Revolución: Frente a la muerte, hombres como Narciso del Valle, los sargentos José Rusiñol, José Manuel Pino y Agustín Serrano, el soldado Juan Moreno, cuyos nombres me honra mencionar con elogio desde la eminencia de esta tribuna, comportándose a la altura de su deber. Entre los implicados más importantes, del Valle con mucha inteligencia saboteó el terco interrogatorio y defraudó a la Audiencia, que esperaba de él preciosas informaciones. El madrileño Serrano hizo gala de noble calidad moral; en sus declaraciones buscó salvar a los que él había captado y convencido; cuando se le notificó el veredicto condenatorio respondió: “Esa sentencia es injusta y está dictada por la ley de la fuerza y no por la de la razón”; allí mismo se reafirmó, sin ambages, sobre el “servicio que íbamos a prestar para dirimir a *la patria* de la tiranía y la opresión en que la tienen sumergida”. Diversas penas de prisión, destierro, multas, azotes, recaen sobre otros treinta y tres reos. Pardos, criollos e inmigrantes, extracción pura y definitiva del pueblo venezolano, pueblo mestizo y de adulta conciencia, que con ellos empieza a mostrarse en su íntegra plenitud.

Don Manuel Gual, fiel al servicio de sus patrióticas convicciones, tornóse peregrino del mar Caribe. Muere en Trinidad envenenado por un espía llamado Valecillos, el 25 de octubre de 1800. A su país deja la herencia de su nombre, y de su estirpe que se proyecta en el egregio don Pedro Gual, servidor esclarecido y famoso de la patria republicana.

Por su parte, el notable Picornell volvió a Europa después de breve estancia en Curazao. Desmoronados los sueños, el ideólogo mallorquín viaja a París, y se recibe de Médico en 1806. Sigue a Londres y vuelve a América: Martinica. De allí, en la aurora optimista de 1811, salta a Caracas y se pone al servicio de la Primera República; sus méritos no llegan a ser bien conocidos y no se le estima debidamente. En la alucinación de la hora, la Patria no repara en su visionario que tanto hizo por ella. Tareas de escasa significación le asignan. Tristeza y desencanto llenan su corazón. La avalancha de Monteverde lo arroja otra vez a Curazao. Después Filadelfia. En Nueva Orleans se casa con una bella joven, y en su trabajo logra reputación de competente médico.

Todo el importante bagaje intelectual, los textos y, en general, la doctrina que el inmortal Don Juan Bautista Mariano Picornell y Gomila elaboró con fervorosa y docta paciencia, serán usados en la Revolución que desde acá se emprende en 1810. Su pensamiento refuerza a Miranda, Roscio y Espejo, entre otros; Simón Bolívar recibe y hace suyo un apreciable conjunto de sus ideas. En nuestros días, el reputado humanista don Pedro Grases asevera que la obra de Picornell “tendrá gran influencia posterior en la redacción de las constituciones independentistas en todo el continente”.

Complementaria y consecuentemente, en la trabazón sustancial del pasado, Manuel Gual se ha conectado desde Trinidad con Francisco de Miranda; su carta es del 12 de julio de 1799: “Miranda! Si por lo mal que le han pagado a V. los hombres, si por amor a la lectura y a una vida privada, no ha renunciado V. a estos hermosos climas y a la gloria pura de ser el salvador de su Patria, el Pueblo Americano no desea sino uno: venga V. a serlo... Miranda! Yo no tengo otra pasión que la de ver realizada esta hermosa obra, ni tendré otro honor que el de ser un subalterno de V”. La respuesta del gallardo venezo-

lano universal ilumina el ocaso de Gual: "Tiene V. muchos más compañeros y colegas, en la honrosa posición que ocupa en el día, de lo que V. mismo piensa, mas ninguno que aprecie más sus talentos y virtudes que su Compatriota, que le ama con fino y verdadero afecto". La luz de esa convergencia a la identificación sin reservas, nos alumbra a todos.

Que tanto heroísmo nos inspire. La moraleja es el orgullo por la efectiva prioridad en la iniciativa del bien político. Sólida conciencia. Estímulo de amor y de saber. No superficialidad anecdótica casual.

Honor y gloria a la patria eterna en la limpidez admirable de sus ejecutorias. En la reverencia a la acción de la unidad y del ideal perenne, contribuyamos todos al deber de la obra y su grandeza.